



Una alianza continental por la seguridad alimentaria



Manuel Otero*

Instituto Interamericano de Cooperación para la
Agricultura (IICA)

La seguridad alimentaria está entre las prioridades del debate global. Por su vinculación con la problemática ambiental y el papel de la agricultura como parte de la solución a los desafíos globales, debe ser privilegiada en todas las agendas políticas.

Que los temas relacionados con la seguridad alimentaria y nutricional sean abordados al más alto nivel político, y específicamente en una cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica, constituye un motivo de genuina celebración, a la que buscaré contribuir compartiendo algunas reflexiones.

Como director general del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), tuve la oportunidad de lanzar, en ocasión de la Cumbre de las Américas celebrada a mediados del año pasado en Los Ángeles, una convocatoria a una alianza continental para la seguridad alimentaria y el desarrollo sostenible.

* Manuel Otero es director general del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) <https://iica.int/es/about-us/dg>

Esa invitación, que seguimos construyendo desde el IICA junto a aliados del sector público y privado y converge plenamente con las preocupaciones de los líderes iberoamericanos es —en un tiempo inquietante y de múltiples crisis yuxtapuestas— un llamado a definir políticas de Estado desde una clara dimensión intersectorial, que considere aspectos de oferta, acceso a los alimentos, distribución y estabilidad.

América Latina y el Caribe concentra buena parte de los recursos naturales del planeta: el 50% de la biodiversidad, el 31% del agua dulce y el 33% de las tierras cultivables.

Necesitamos una visión sistémica, única manera de abordar los temas de pobreza y erradicación del hambre. Bajo esta visión, que debe plasmar la construcción de nuevos puentes entre zonas rurales y urbanas, será posible disminuir los actuales niveles de inseguridad alimentaria y pobreza en América Latina y el Caribe.

La región se encuentra implementando diferentes políticas para hacer frente a esa confluencia de *shocks* en el corto plazo, mientras trata de articular, con muchas dificultades, programas de

más largo plazo para un crecimiento inclusivo y sustentable.

Por el lado de la producción, existen diferentes programas para asegurar el abastecimiento de fertilizantes en las campañas actuales y optimizar su uso, mientras se procura expandir la producción regional y desarrollar nuevos fertilizantes verdes.

Por el lado del consumidor, se han reforzado las redes de protección social y los planes alimentarios para sostener el acceso a dietas saludables para las poblaciones de menores ingresos y vulnerables.

Pese a estos esfuerzos, la incidencia del hambre, que había bajado hasta alrededor del 5% de la población total de América Latina y el Caribe en 2014, ha venido subiendo desde entonces y está alrededor del 9%. A la vez, más de una cuarta parte de la población sufre de problemas de obesidad con su correlato de enfermedades cardiovasculares, diabetes y aun cáncer.

Con este panorama, resulta natural concluir que el desafío de la seguridad alimentaria y nutricional abarca diferentes dimensiones y requiere un programa integral.

América Latina y el Caribe concentra buena parte de los recursos naturales del planeta: el 50% de la biodiversidad, el 31% de agua dulce y el 33% de las tierras cultivables. Nuestros bosques

cumplen una función fundamental como sumidero de carbono y en el ciclo del agua. Y apenas generamos el 9% de las emisiones totales de gases de efecto invernadero, mientras somos la mayor región exportadora neta de alimentos del mundo.

Por eso, creemos esencial definir un programa continental que potencie el rol estratégico de América Latina y el Caribe como continente de paz, con disponibilidad de recursos naturales y diversidad de sistemas productivos, modernizando los sistemas agroalimentarios para superar las brechas sociales y de productividad, y contribuir al desarrollo económico, la inclusión social, y la sostenibilidad ambiental.

En esto tienen un papel clave la ciencia y la innovación, y son centrales los productores agropecuarios.

Tenemos que hacer esfuerzos sostenidos en el tiempo para digitalizar la actividad agropecuaria, que es un aspecto clave para incorporar tecnología.

La cooperación regional impulsada por el IICA, y especialmente aquella gestionada a través de las modalidades de cooperación Sur-Sur y Triangular, es fundamental para abordar el desafío de la seguridad alimentaria por varias razones.

En primer lugar, permite a los países trabajar coordinadamente para

identificar y afrontar los desafíos comunes, así como intercambiar experiencias exitosas con potencial de replicabilidad. Al compartir conocimientos técnicos, recursos y tecnologías, los países, junto a otros actores como organismos internacionales multilaterales, pueden mejorar su capacidad para producir alimentos y ejecutar acciones que fortalezcan la seguridad alimentaria y nutricional, por ejemplo, a través de la implementación de políticas y prácticas más efectivas.

En segundo lugar, la cooperación Sur-Sur y Triangular, que es una cooperación entre iguales porque todos los países tienen experiencias, conocimientos y buenas prácticas para ofrecer y para demandar, permiten una mayor inclusión y diversidad en la toma de decisiones y el desarrollo de soluciones.

En resumen, la cooperación regional es esencial para garantizar que todos los Estados tengan acceso a alimentos de calidad, seguros y suficientes; y la cooperación Sur-Sur y Triangular pueden mejorar aún más la capacidad de los países para abordar este desafío global.

Hay un aumento en la cantidad y la calidad de experiencias compartidas y el IICA está liderando este proceso a partir de su capilaridad y presencia en todos los países de las Américas.

La Cumbre es una oportunidad para enfatizar que el sector agropecuario,

bajo una visión sistémica, es el mejor posicionado para hacer aportes sustantivos a la disminución del hambre y la pobreza en las zonas rurales y mitigar las externalidades negativas generadas por la exclusión. Nuestra invitación, siempre, es a continuar fortaleciendo una agenda centrada en la cooperación regional y enfocada en esquemas de cooperación Sur-Sur y Triangular. Estamos convencidos de que de esta manera encontraremos soluciones más efectivas ante los desafíos que enfrentan los países en desarrollo.

Me parece relevante llamar la atención a los retos que impone el cambio climático (mitigación, adaptación y resiliencia) y su articulación con los desafíos mencionados. A pesar de que América Latina y el Caribe representa solo el 9% de las emisiones globales de gases de efecto invernadero (GEI), su participación se incrementa al 17% en el caso de las emisiones totales originadas en los sistemas alimentarios, y casi el 21% de las emisiones originadas en la agricultura y el uso del suelo. Al mismo tiempo, el sector agroalimentario y la producción primaria necesitan esfuerzos de adaptación y de fortalecimiento de la resiliencia.

Por todo ello, el IICA ha venido colaborando con los países de la región en las negociaciones de cambio climático, especialmente durante las COP26 y COP27, y continuará ese trabajo en las próximas COPs.

El sector agropecuario, bajo una visión sistémica, es el mejor posicionado para hacer aportes sustantivos a la disminución del hambre y la pobreza en las zonas rurales y mitigar las externalidades negativas generadas por la exclusión.

A la COP27, como un hecho inédito, el IICA llevó el primer pabellón para la Agricultura Sostenible de las Américas, en el que se presentó un documento consensuado y respaldado por todos los países, por todos los ministros de Agricultura de las Américas, que explicita el rol y las responsabilidades del sector agropecuario de cara al cambio climático. Los aspectos ambientales necesitan ser coordinados con los otros desafíos económicos, sociales y productivos.

Los países de la región, apoyados por la SEGIB y el IICA, junto con otros organismos internacionales, deben continuar los esfuerzos para fortalecer y modernizar sus sistemas agroalimentarios, aprovechando todas las oportunidades que ofrece la diversidad de sus recursos naturales para una mayor diversificación productiva y aumentar

la competitividad de sus programas productivos; consolidar la seguridad alimentaria y la calidad nutricional contribuyendo a la salud; asegurar la sostenibilidad ambiental de los sistemas productivos agropecuarios; promover la inclusión económica y laboral de los participantes de los sistemas alimentarios, especialmente los más vulnerables; e incrementar la resiliencia de los sistemas agroalimentarios y los diferentes actores agropecuarios ante los eventos climáticos y *shocks* externos.

Celebro que esta relevante Cumbre en Santo Domingo haya ratificado que la

seguridad alimentaria está al tope de la agenda global y, por su vinculación con la problemática ambiental y el papel de la agricultura como parte de la solución a los desafíos globales, debe ser privilegiada en todas las agendas políticas.

Es, en definitiva, la acción colectiva con la que podremos enfrentar con mejores resultados los desafíos sociales y productivos que impone el cambio climático, otra amenaza para la seguridad alimentaria y nutricional en el ámbito global y la necesidad de avanzar hacia una mayor productividad agrícola sostenible.